

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

BARCELONA 25 DE OCTUBRE DE 1900

NÚM. 518

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

PRIMER TOQUE DE ATENCION



—Empiecen á pensar en nuestro extraordinario. ¡Será canela fina y oro molido!



Cháchara alegre

(Desde Zaragoza.)

Los trenes botijos llegan estos días repletos de excursionistas que han creído más conveniente venir á Zaragoza que ir al *charco*; y todavía me estoy riendo de algunos episodios ocurridos durante estos viajes en *banasta*. Me contaba un íntimo amigo mío que llegó ayer á esta ciudad, que en el vagón de tercera donde él viajaba, venía una señora poetisa que á poco más le hace morir de risa, porque se empeñó la buena mujer en recitarle varios de sus últimos engendros poéticos, en ocasión, precisamente, en que mi amigo comía unos boquerones fritos.

—Y ¿á qué va usted á Zaragoza?—le preguntó mi amigo.

—A ver los Juegos Florales y avistarme con don Víctor Balaguer, á quien pienso leerle una poesía.

—Le compadezco...—exclamó, sin poderse contener, el compañero de *banasta*, digo, de vagón.

—¿Qué dice usted?—preguntó la poetisa.

—Que la compadezco... por el viaje que lleva, encerrada en este vagón de tercera clase.

—El arte es lo que me hace soportar todas estas incomodidades.

—¿El arte de los toros?

—No, señor: la poesía.

—¡Ah! Es verdad que me dijo antes que venía á los Juegos Florales. Debe usted ser amante de las musas, porque de otro modo no se explicaría el sacrificio.

—¿Usted cree que don Víctor se dignará escucharme?

—Sí, señora; porque eso es cuestión de paciencia, y tengo entendido que Balaguer la tiene.

—¡Ah!—exclamó, poniendo los ojos en blanco;—si consiguiera eso, me consideraría más feliz que cuando me viene una inspiración.

—Pero ¿á usted le viene la inspiración por temporadas, como los melones?

—No, señor; por lo general me viene de noche, y acto seguido, me levanto en camisa, escribo la idea y me vuelvo á la cama. Hay noche que me sucede esto tres ó cuatro veces. Créame usted: no hay momentos más felices en mi vida.

—Realmente, comprendo que será sublime el instante en que se vierta en el papel lo que encierra la mente. ¿Ve usted? También yo me vuelvo poeta; ya hablo casi metafóricamente.

—Es el fuego divino...

Dos baturros que habían bebido unas copas de más, interrumpieron á la poetisa.

—Tú, Maño, ¿qué *ice* esta señora?... ¿que hay fuego?

—Tú sí que *ties* fuego en los ojos, tío Juan.

La poetisa hizo un gesto de desprecio y continuó:

—Es el fuego divino que yo le comunico.

—Pues me aparto, señora, porque podría usted quemarme, y no tengo más ropa que esta.

—Afortunadamente,—me decía luego mi amigo,— estábamos cerca de Zaragoza y la conversación terminó con la llegada del tren á la estación, porque, si no, yo creo que me muero.

—Pues dame las señas de esa señora, para huir de ella como de la peste bubónica.

—No la puedes confundir con ninguna otra. Es una mujer de sesenta á setenta años, gruesa, muy pintada, con el pelo teñido de rubio, cejas alargadas con carboncillo; que anda muy despacio con la cabeza inclinada al suelo, como buscando inspiraciones en el empedrado, y vestida de modo extravagante.

—En verdad que son señas mortales que no admiten confusión.

—Ten cuidado con ella si la ves, porque en cuanto huela que escribes para LA SAETA, te ha caído la lotería.

—No temas; por instinto de conservación, me interesa ponerme de ella á respetable distancia. Ahora vámonos á ver salir la gente del Pilar.

—Bueno, vamos allá... però no, no vayamos por aquí, porque ahí viene, ahí viene...

—¿Quién viene, hombre?

—La de las inspiraciones en camisa.

—¡Horror!

CARLOS RÍA-BAJA.

CAÑITAS

I

Cómo se parece á mí
la esquila del cementerio.
¡Estará tocando á Gloria
y dirán que toca á muerto!...

II

Sólo le pido al Señor
que cuando te vuelva á ver,
en vez de llamarte «Tú»
te pueda decir «Usted».

III

Voy á vivir con la idea
de que tu cariño es falso.
Si no es verdad, nada pierdo;
y si es verdad, eso gano...

IV

¡Qué pena me da la gente!
Dije adrede mal de ti,
y el que tuve por amigo
me lo ha vuelto á repetir!...

V

¿Has perdido la ilusión?
¡Ay, qué poquito nos queda
de nuestro idilio de amor!...

VI

Un alma como la mía
dentro un cuerpo de mujer,
y exclamaría la gente:
—¡Mira qué bonita es!...

J. ENRIQUE DOTRES.

RESOLUCION HEROICA



—¡Hurra, viejo Krüger! Llévanos al Transvaal,
y te prometemos dejar aniquilados á los ingleses.

FEMINISMO

UAYA, veo que entre las señoras que quieren abolir al hombre—política y socialmente, por supuesto, otra cosa nó, ¡un demonio!—las hay de todas castas y linajes.

Unas, furibundas del rojo rabioso más subido. Son las que no transigen, las que abominan del matrimonio, las que no perdonan al «Señor» el delito, el odioso delito de no pertenecer á su sexo, y teniéndonos en concepto y calidad de tiranos, decretarían la destrucción de la mitad de la raza. Especie de petroleras ó anarquistas del feminismo, que fundan clubs y ligas para aumentar la respetable clase de las solteras.

Otras que ven en el movimiento iniciado en pro y defensa de la mujer, una manera agradable de distraerse y divertirse, y un pretexto hermosísimo para no hacer calceta ni lavar los platos. Lo que yo quisiera saber, es por qué no hacen efectiva su protesta empezando por redimir a las criadas de servicio de tan ominosa esclavitud. Pudieran sustituirlas con hombres, que no faltarían. Con tal medida obtendríamos eficaces resultados. Por ejemplo, ellas se evitarían el recelo de que sus maridos anduviesen en trapisondas con las maritornes, y aun traspasarían al esposo las amarguras y angustias propias de estos casos. Es claro como el agua clara que pueden empezar su venganza así. De paso ayudarían á remediar la crisis fabril, dando qué hacer y qué sentir á los mozos, que no saben cómo emplear sus brazos.

Algunas, las de carácter absorbente y dominador, cansadas sin duda de humillar al cónyuge en el hogar, y no encontrando ya encantos en ponerse los pantalones dentro de su casa, es decir, en privado, quieren ponérselos á ojos vistas, y recaban el derecho y la igualdad de sufragio, como primer peldaño para conseguir el mangoneo de la cosa pública. Estas son las que más han hecho en los dos Congresos feministas de París,

puesto que han decidido fundar otra Internacional, en la que las miembras jóvenes y casaderas se obliguen á no contraer matrimonio sin hacer jurar á sus novios que, en cualquiera de sus cargos oficiales, si llegan á obtenerlo, provocarán la reforma electoral ansiada. Corriente; por mi parte me conformo. Conste que estoy disponible, y á ver si recibo proposiciones de alguna de esas simpáticas revolucionarias. Sólo exijo, como natural

y recíproca compensación, que sea más que guapa, guapísima, y que no tenga mal genio, es decir, que sepa esconder las uñas.

Lo que les pasará á esas señoras, es que los novios no se acordarán, cuando escalen las alturas políticas, de su juramento. Cuando menos, en España ya es sabido: promesa de oposición, es nula en el poder.

Pero, la más práctica de todas, es una dama que ha propuesto formar una tarifa para que las mujeres cobren todos los servicios de la casa: remendar los calcetines, amamantar á los hijos, lavarlos, rascarle á uno la espalda cuando le pique, etcétera. Esa sí que no se anda con chiquitas. La cuestión es formar piña, y hacerse un capitalito para declararse independientes y mandar noramala al hombre. Está dentro del sentido positivista de la época. Bien sabe ella, según parece, que la

política no es ya la vida de los pueblos, y que los Romeros, Silvelas y demás dioses mayores y menores se van. La lucha está entablada entre los de arriba, por la acumulación del capital, y los de abajo, por el ahorro. Los mismos socialistas han adoptado el sistema, como medio de triunfo.

Ahora bien: la dama en cuestión ha hecho un flaco servicio al feminismo.

Porque con su plan pierde uno de sus más poderosos auxiliares: el de los estetas.

El tiempo lo dirá.

CLAUDIO UGENA.

ANTE EL OBJETIVO



—Acabe presto, fotógrafo, no me tenga más así:

que no es esta posición la que más me gusta á mí.

PRIMER CAPÍTULO DE LA FELICIDAD

SENTÍA una ansiedad deliciosa, una turbación indecible. La naturaleza parecía responder á este estado de mi espíritu. Era también un día nervioso, con bocanadas de aire fuerte, con nubes fugitivas, con ráfagas húmedas como de tempestad lejana.

No me daba exacta cuenta de lo ocurrido; mi ánimo estaba confuso, enajenado, como un infeliz á quien le tocara la lotería, como un desdichado pretendiente á quien el ministro agraciara de improviso con un brillante empleo.

Cuando la miraba y la veía tan hermosa, y pensaba que era ya mía, mía para siempre, cerraba los ojos para no cegar, para que no se escapara aquella ilusión hecha carne.

Ella parecía preocupada; de vez en cuando levantaba la cabeza para sonreír con timidez, y entonces me deslumbraba el brillo ofuscador de sus ojos infantiles.

Lo pasado me parecía un sueño. ¿Qué íntima nobleza tiene el alma para olvidar las amargas pasadas? Un amanecer alegre borra en un instante las negruras de interminable noche. Aun creía ver el asombro, la envidia, la insensata curiosidad de los que presenciaron la ceremonia; y sentir la emoción que me produjo la iglesia, envuelta en la penumbra del amanecer, tranquila siempre, con aquella quietud solemne, que había despertado en mí los más tiernos recuerdos de la infancia. Y todo esto, y la sensación violenta de la desgarradora despedida, palpitaba aún en mi imaginación, y se desvanecía en aquel fondo de felicidad presente, como sombras de crepúsculo á la salida del sol.

Desde la iglesia á la estación no hablamos nada; no sabíamos qué decirnos; nos hallábamos bajo el peso de una de esas impresiones que absorben el pensamiento en el corazón.

Las calles estaban lo mismo que siempre; la gente que encontramos apenas nos miró al pasar; y, sin embargo, todo me parecía extraño, todo nuevo, todo se grababa con profundo relieve en mi ser; todo me inspiraba una compasión intensa y cariñosa ¡Pobre gente que se quedaba allí en la soledad de la prosa, sin gustar la suprema dicha del amor! Todavía recuerdo á una mujer que cruzó á lo lejos; á un hombre grueso y colorado que caminaba lentamente. Me parecieron las imágenes perezosas del hastío de mi vida anterior, que se desvanecían para siempre.

Volví á mirarla. Se había recostado en el fondo del carruaje. Su seno latía acompasadamente, con el ritmo lento de una emoción profunda y sostenida. En la penumbra del interior de la berlina se destacaba su figura delicada y expresiva; nada sensual ni grosero nos dominaba; sólo sentíamos la dicha casi infinita de un supremo acorde, una inmensa alegría turbadora, ideal y pura, que llevaba tras sí, en anegamientos de ternura, nostalgia de lágrimas.

Tenía el rostro pálido y la mirada indecisa. Cogi su mano y la estreché con fuerza. Acerqué mi cabeza y la miré frente á frente. El aliento se escapaba de su boca, entrecortado y candente. Ella me miró muy seria: tenía aquella mirada algo de interrogación, sin nombre en el lenguaje; quise decirle algo que no encontró expresión adecuada en palabras, y, acercándome más, la di un beso, el primero, que estalló, intenso y desfallecido, cuando el coche se detenía y un mozo de la estación abrió brutalmente la portezuela.

Luego, el tren corría entre paisajes diversos, que se iban sucediendo en inacabable perspectiva; y al medio día, en un océano de luz, cuando el sol inundaba nuestro departamento de llamaradas rápidas y deslumbradoras, entrábamos en los llanos abrasadores de Córdoba. Todo lo que veíamos nos parecía encantador; hasta la tela y los encajes del vagón y las cortinillas azules, que se agitaban rápidamente con la velocidad de la marcha; todo nos parecía cosas amigas que nos miraban satisfechas. Y, no sabiendo qué hacer, enajenados de dicha, cruzando rápidamente los olivares cordobeses, tomábamos pequeños sorbos de montilla, contemplando en su color de oro los reflejos del sol, menos brillantes que la mirada radiosa de sus ojos infantiles, que sonreían siempre...

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ.



- Mi estudio.

Anna Sieutz

COMEDIA ITALIANA

Personajes: *Colombina y Arlequín*

ESCENA PRIMERA

COLOMBINA

(Canta.) La, la, ra la... Estoy tan alegre, que hoy no quisiera hablar: lo cantaré todo. Esta mañana, en la iglesia, no pude rezar palabra, hubiera bailado al compás del órgano; cuando volví á casa, besé á todos mis santos para que me perdonasen. Tengo diez y ocho años, soy bonita; tengo un amante que me adora y otro á quien adoro, un cofrecito repleto de escudos y joyas y otro de cartas amorosas; flores secas y mil baratijas... Es Carnaval y el día está hermoso. ¿Puede pedirse mayor felicidad? El que me adora, me envió ayer mil escudos, un joyal de diamantes y la grata nueva de que se hallaba con un ataque de gota que le impediría salir á la calle en todo el Carnaval: el que yo adoro me envió esta mañana un manojo de rosas y aviso de que vendría á buscarme para ir juntos al baile del señor Polichinella... No habrá otra más hermosa que yo ni mejor prendida... ¡Diamantes y rosas! Los diamantes entre las rosas imitarán el rocío... Es un rocío que me compensa de muchas escarchas... ¡Pobre señor Pantalón, cómo se acordará de mí estos días! Yo no quiero acordarme... ¡De mi Arlequín toda! ¡De mi Arlequín de mil colores, que hace de la vida perpetua mascarada, y como su traje de mil colores, viste su espíritu con fantasía caprichosa, como riquísimo ópalo donde juega la luz y travesea con irisada risa! ¿Qué burlas no habrá discurrido para divertirme? A mi costa será alguna de ellas... ¡Si pudiera ganarle por la mano!... ¿Qué inventaría yo...? ¿Escaparme sin él y, cambiando tres ó cuatro disfraces, darle broma en el baile? ¡Bah! Me conocería en seguida... ¡Cambiar de traje, de careta!... Eso se le ocurre á cualquiera... ¡Ah! Ya di con ello. Me disfrazaré, le daré broma, pero mi careta será espiritual; me vestiré el alma de máscara...

ESCENA II

COLOMBINA Y ARLEQUÍN (*disfrazado de Pierrot*).

ARLEQUÍN

¿Que no vienes al baile? ¿Es verdad lo que oigo, Colombina?

COLOMBINA

¿Al baile? Temía verte, porque dudaba de que fuera tan firme mi propósito. Pero el cielo es piadoso conmigo, y tu presencia, tus palabras, ni como tentación siquiera me conmueven. Te oigo como desde otro mundo.

ARLEQUÍN

¿Qué lenguaje es ése, Colombina? No te comprendo.

PREVISION



—¿Su boquilla en esta caja?
¡Pues no es flojo el compromiso si llego yo á ser casada!

MODERNISMO



Otra será la Arcadia seductora
vistiendo de este modo á la pastora.

COLOMBINA

Escucha. Ayer, cuando nos separamos, entré por curiosidad en el convento de franciscanos. Había muchas carrozas á la puerta, de señoras muy encopetadas. La iglesia estaba atestada de gente. Perfume de exquisitas esencias y sofocante vaho de miserables harapientos, me sofocaban confundidos. Bien pronto, sobre todos ellos, percibí penetrante el aroma del incienso y las notas del órgano; más que sonidos de fuera, sonaron dentro de mí como armonía de mi alma, lamento profundísimo exhalado por mí. Sentí, lo que se siente cuando entre palabras y palabras, una frase de amor llega al alma. La caricia de lo sublime, que al cuajar la sangre en las venas, es como si cuajara también los pensamientos agitados en uno solo; la verdad de nuestra vida que surge entre muchas mentiras nuestras, como de los jirones luminosos del manto de la aurora, surge, por fin, el sol al rayar el día. Mentiras coloreadas por la luz de la verdad, eso era mi vida; hoy resplandece en ella el sol.

ARLEQUÍN

¿Perdiste el juicio, Colombina? Te escucho aborto. (*Le da un beso. Colombina se turba.*)

COLOMBINA

Aparta, aparta... ¿No has oído nunca predicar al padre Leandro?

ARLEQUÍN

¿Ese frailecillo que trae revuelta la ciudad con la fama de sus conversiones y de sus milagros?

COLOMBINA

No es un hombre de este mundo. El cielo habla por él; no son palabras las suyas: ni el amor, ni la música, ni el llanto, imprimen con tal fuerza las palabras en el corazón, Son oleadas de amor divino... Mi alma purificada sólo á Dios pertenece desde ayer. Tu Colombina ha muerto...

ARLEQUÍN

¿Colombina muerta para mí, mientras Colombina viva? No; si Colombina ha muerto para mí, tú no eres Colombina. Pero lo eres; estás entre mis brazos y eres mía; tu amor puede transformarse, engrandecerse; pero mi amor siempre irá contigo... (*Bésándola con pasión.*)

COLOMBINA

¡Arlequín!

EL ARTE DE MIRAR



—Habla usted, y su figura
desdén me inspira ó desprecio;

ARLEQUÍN

Si no es posible... Tú, mi alegría; tú, mi amor... Mi Colombina de color rosa, amanecer eterno de mi alma, sin tristezas, sin sombras... Tú renunciar al amor, al amor que es mi vida y esencia de la tuya... Pues si es pecado que me des tu cariño, pecado es que las flores me den fragancia; si eso eres tú, flor de los amores con besos por fragancia, y si tú pecas al besarme, el infierno debe estar alfombrado de flores... (*La estrecha entre sus brazos.*)

COLOMBINA

¡Flores de fuego! ¡Llamaradas de amores infernales!

ARLEQUÍN

Oleada de amor divino dijiste, pues llamarada de amor diabólico. Un mar son muchas gotas de agua que pueden separarse; pero la llama es una sola... Yo quiero arder contigo...

COLOMBINA

¡Arlequín!... (*Pausa conveniente.*)

ARLEQUÍN

¿Una broma?

EL ARTE DE MIRAR



pero me gusta, y le miro,
y dicen mis ojos ¡quiero!



—¡Viril se cree el hombre, cielo pío,
y no puede vencer, cuando anda, el frío!

COLOMBINA

¡Sí... pero me has quitado bien pronto la carreta...

ARLEQUÍN

No... (*Presentándole un espejo.*) Mira... Mi máscara de Pierrot en la cara...

COLOMBINA

(*Viéndose la cara toda embadurnada de blanco.*)
¡Ja... ja... ja...! Es gracioso... Máscara por máscara... Bien quitada y bien puesta...

ARLEQUÍN

Así quita y así pone el amor las máscaras... A besos.

Fin de la comedia

JACINTO BENAVENTE.

— Siempre que des, hijo mío,
algo que de comer sea,
la parte más grande al otro;
para ti la más pequeña.
Toma esta torta, y no olvides
de partirla con Adela...
—Pues dásela á mi hermanita
¡y que la reparta ella!



EL NOVENO

(CONTINUACIÓN)

PEDRO.—Si alguna vez pudo ocurrir que se quebrantara la armonía entre nosotros, yo he cedido siempre.

D.^a LUCÍA.—Quizás demasiado. Todo lo que tiene de nerviosa Cruz, en ti es reposo apacible y blandura. Decíame el muerto cuando hablábamos de estas cosas, que generalmente no sabe el hombre casarse. Lo hiciste tú con una mujer educada en principios severos, eso claro, pero ligera, bulliciosa, muy dada á divertirse, muy amiga del lujo.

PEDRO.—La alegría no es pecado.

D.^a LUCÍA.—Nó, ni el cariño á vivir bien, en holgura, tampoco. Pero yo te di á Cruz, porque confiaba en tu seriedad, para que la elevaras, libe-

rándola moralmente, completando la educación de la madre: y no has sabido corregir ni educar aquel espíritu pueril.

PEDRO (*Sentándose*).—¿Corregirla? Nó, nó: yo la amaba voluble, aturdida, alegre. Era adorable: un ser delicadamente gracioso que huía de la vida sedentaria y amaba el ruido. Por nada del mundo la hubiese contrariado, temeroso de que enfermase de añoramiento.

D.^a LUCÍA.—Sí, eso es; ¡lo veo más claro! Sólo pensaste en verla feliz, satisfecha, alocada...

PEDRO (*impaciente*).—¡Si no me deja usted hablar!

D.^a LUCÍA.—No te dejo, nó: tenía ganas de encararme seriamente contigo para decirte que no es ése tu papel en el matrimonio: porque eres rico de dinero y de amor te figuras que todos tus deberes se reducen á contentar en sus caprichos á tu esposa. ¡Si supiese el hombre á qué se obliga casándose!

PEDRO.—Conozco eso: que se educa á la mujer muy mal, viciándola en todos los refinamientos torpes del lujo y de la coquetería; que sigue siendo hembra...

D.^a LUCÍA (*interrumpiéndole*).—Hembra, tú lo has dicho: muchas veces nuestra unión al hombre no es más que fórmula, rutina, hábito social, pretexto para nuestros gustos, nuestras vanidades ó nuestras pasiones. No digo que Cruz...

PEDRO.—Nó, no puede ser mala. Es una criatura de Dios, mimosa, consentida... Usted sabe mucho; me ha parecido usted siempre una de esas mujeres raras en nuestra sociedad; pero su talento no llega á la adivinación. Ni el mío. Lo que ocurre... no se comprende; siento cómo cae la eternidad en mi ser, y arrastro vida miserable y dolorosa desde que Cruz me ha echado á estas alturas tristes: al destierro del mundo y al destierro de su alma.

D.^a LUCÍA.—¿Cruz ha sido?

PEDRO.—Cruz, sí.

III

PEDRO, D.^a LUCÍA, CONSUELO

CONSUELO (*sale del comedor desgranando y comiendo un racimo de uvas*).—No he dado con el calabozo. A ver (*junto á la puerta del primer término*): esta puerta comunica con una sala. (*Pedro abre y lee dos cartas, pero sin abstraerse ni apartarse del diálogo.*) A la derecha una habitación para dormir con luces al campo, á los lejos montañosos; se va por la izquierda á un almacén de

vasijas y alambiques, cachivaches de sabio, que está junto á la cocina, sin duda para aprovechar el fuego de los hornillos. El comedor es una monada... y no hay más, ¿no es eso? (á Pedro).

PEDRO (sonriendo).—Ahí nó: son mis habitaciones: aquí, enfrente, están las de Cruz.

CONSUELO.—¿De... Cruz? Es decir que vivís casados á ojos vistas, pero divorciados en la intimidad?

PEDRO (sonriendo).—No has encontrado á tu hermana, ¿eh?

CONSUELO (sentándose en la perezosa).—Nó, en la cocina á la criada. Dijo que Cruz andará por el campo. ¡Ay, no sé cómo casó! (Con gracejo.) Yo, para eso preferiera no casarme. (A doña Lucía.) Y su hija no padece otra cosa que nostalgia de la ciudad, del ruido, de la gente urbana y culta.

D.^a LUCÍA.—Hay que ver á Cruz; cuando yo hable con ella...

PEDRO.—Para eso la he llamado á usted. Para que averigüe lo que tiene: allá en la corte se me puso á morir de tristeza, y rehuyendo el trato de las gentes, buscaba la soledad: ¡cuando ha sido la coquetería dulce en persona, la mujer en todo su esplendor! ¡Convidaba á que se le hablase con el sombrero en la mano!

CONSUELO (burlándose).—¿Y tú estabas celoso, nó?

PEDRO.—¿Celoso? ¡Qué disparate! Tu hermana es de esas mujeres que no tropiezan nunca. Las guarda el orgullo; llevan la honra como el vestido, sin una arruga, con la suprema elegancia de los espíritus superiores.

D.^a LUCÍA.—Mis hijas están educadas en el temor de Dios, pero lo que cuentas es raro; algún disgusto, alguna desilusión que en su carácter habrán abierto profunda herida...

PEDRO.—No sé; sufre algo que le obliga á odiar lo que le era grato antes: parece hastiada ó desengañada de las grandezas: como si le diese asco la sociedad. Procura aislarse lo mismo que si se mortificara y quisiera vivir para sí.

CONSUELO.—Tendría que ver, si Cruz nos saliese mística, santa.

PEDRO.—Nó; mística nó.

D.^a LUCÍA.—Ni hay antecedentes en la familia. Su padre protegió de mozo á los guerrilleros de D. Carlos; era de imaginación viva y nerviosa, pero nada más: fuerte, sanote, robusto...

PEDRO.—Parecióme eso al principio, porque la sorprendí meditando lecturas de Santa Teresa. (Gesto de sorpresa marcado en D.^a Lucía, sonrisa, cuasi risa en Consuelo.) Nó, se equivocan ustedes: era inclinación á todo lo sensible: cualquier cosa la enternecía, ataba la música su corazón, y veíasela reír y llorar tontamente y sin sosiego.

D.^a LUCÍA.—Recuerdo que en casa sólo leía los

folletines de *La Correspondencia* y la sección de modas de los periódicos.

PEDRO.—Pasó noches de insomnio y fiebre; perdió carnes; y tan díscola se puso, que quiso huir, venirse acá, á este retiro nuestro en la provincia de Murcia.

CONSUELO.—Sí que es rareza, poseyendo una quinta tan hermosa en Santander.

PEDRO.—Ahí verás; eligió ésta por sola, por perdida y aislada de todo trato.

D.^a LUCÍA.—Eso, perdida (levantándose): cuando llegamos aquí parecióme haber caído del mundo. (Dirigiéndose á la ventana.) Toma, hasta el cielo



refleja el color sucio de esas montañas que cierran en círculo el horizonte. ¡Qué tarde más triste!

CONSUELO.—Apuesto á que si abres la jaula al pájaro tiene miedo á volar.

PEDRO (levantándose).—Figuróseme que apetecía la soledad salvaje, el reposo. ¡A mí qué más me daba, si he vivido siempre de su amor, del trato afectuoso de su persona! Creí también que

La Saeta

el cambio de aires la aliviara, y, en efecto, mejoró. Parece que ha pactado una tregua con su enfermedad. (*Volviendo al sillón.*) Pero está más aislada y metida en sí, en sus pensamientos. Ha separado nuestras habitaciones.

D.^a LUCÍA (*sentándose*).—¿Y lo has consentido?
PEDRO.—Por no contrariarla... ¡Si usted hubiera visto cómo la irritaba toda contrariedad! Puso por pretexto su salud, y me rogó que la dejara reposar de no sé qué fatiga honda... Y yo... tam-



bién sufro: ¡tortura de condenado! Jamás he sentido tanta sed de caricias locas, tanto fuego en el corazón y tanta inquietud en el alma como desde que vivimos así, tan solos. El amor ha despertado á gritos en mi naturaleza. (*Con vehemencia inven-*

cible, alzando la voz y cogiéndola por una muñeca.)
¡Y ella huye de mí, lo he visto, huye!

CONSUELO.—¡Será poco gorda la que le habrás hecho!

PEDRO.—Se confunde uno, D.^a Lucía... ¿La ve

enferma? No le da ocasión á que consulte con el médico: «¡un médico para un poco de mal humor y de hastío!» ¿La orea una ráfaga de salud? Necesita curarse... ¿curarse de qué?

D.^a LUCÍA.—Acaso esté irritada contra ti: ¡la mujer es tan suspicaz!

PEDRO.—Nó; eso tampoco, porque se ha despojado de sus riquezas, de sus monerías de mujer elegante... Mire: tanto cavilo y tanto se me revuelven las ideas, que en ocasiones pienso... figúrese, lo absurdo: que si se tratase de otra, si no fuera Cruz quien es, habría para...

D.^a LUCÍA (*recelosa*).—Para...

PEDRO.—Para alarmarse... para sospechar. Le digo que para eso, para sospechar.

D.^a LUCÍA (*con angustia*).—¿Y tú... has sospechado?

PEDRO.—¿De Cruz? Nó, nunca.

CONSUELO.—Ahí está. (*Saliendo á la puerta del jardín.*) ¡Eh, muchacha, Cruz!

IV

Los mismos. Cruz, veintinueve años, guapa,



llena de juventud. El carácter, un poco sombrío, acusa cierta dulzura reflexiva, y hay quietud

mansa en sus actitudes, en sus gestos, en todo. La cara ligeramente quemada por el sol y los aires del campo. Partidos los cabellos por una raya en mitad de la cabeza, recógense hacia abajo, hacia la nuca. Viste con sencillez, sin adornos, (pero revelando soltura, elegancia y gusto exento de coquetería), traje liso, de cuerpo y faldas azules; al cuello una pañoleta color rosa. Calza zapatos grises con suela de cáñamo, propia para el monte.—Consuelo y Cruz se abrazan en la puerta. D.^a Lucía se dirige al fondo; Pedro á la ventana.

CRUZ.—¡Ay, la madre, qué hermosota está aún! (*La abraza.*) ¿Quién había de pensar? (*Dirigiéndose las dos á primer término.*) Ahí abajo encontré al espolique y me lo dijo. Vine apresurada... Sudo.

D.^a LUCÍA.—Anda, repósate. (*La acaricia.*) Pero, hija, tus ropas están húmedas.

PEDRO (*mirando afuera*).—¡Pues si llueve!

CRUZ (*sentándose en el taburete*).—Llovizna; un rocío dulce: no es nada. ¡Jesús con la sorpresa! Cosas de ése, seguro. (*Doña Lucía se sienta en la perezosa.*)

CONSUELO (*que ha quedado cerca de Pedro, en la ventana*).—Nó, cosas mías, cosas. Por convenirme a mí, hemos venido.

CRUZ.—¿A tí? ¡Qué guapa estás, Consuelo!

CONSUELO.—¿De veras, soy mona? (*Con zalamería.*)

PEDRO.—Es tu vivo retrato, Cruz... un retrato que no se parece, porque ella es rubia y tú morena... pero yo me entiendo.

CONSUELO.—¡Qué más quisiera yo! (*Acercándose.*) ¡Mira, que si tienes algo que decir de tu mujer! ¡Bendito Dios, y cuán adorable estás con ese ropaje burdo! Pareces la Santa Virgen del retablo de mi parroquia.

CRUZ.—¡Búrlate! Cuando yo tenía tus años, también gozaba en halagar al mundo y al espejo.

D.^a LUCÍA.—Pues, hija, has envejecido antes de hora tú.

CRUZ.—Nó, madre; pero sé que el lujo y la indolencia y los placeres, acostumbran el alma de la mujer á frivolidades peligrosas, y en ocasiones debilitan la voluntad. No estamos en el mundo para eso... para vivir del ocio.

D.^a LUCÍA.—La mujer digna es fuerte en todos los estados. La riqueza es útil.

CRUZ.—Yo he visto cosas que me han hecho odiar las galas por despreciables. La sociedad no es más que una jaula dorada donde todos somos esclavos del dinero. Atánnos las mentiras, los caprichos de la etiqueta, pero con cadenas dulces. ¡Ay, qué valor he tenido para venirme á esta quietud de la naturaleza á vivir, á ser libre como los pájaros que se bañan en las olas de luz del horizonte!

(Continuará.)

J. F. Luján.



—¡Y ahora hágase usted el tocado sin espejo!

Entre dos amigas:

—¿No sabes? Matilde ha abandonado á su protector, después de habérsele comido toda su fortuna.

—¡Pobre hombre! ¡Habérsele comido un capital con dientes postizos!

—Amigo,— dice un cliente al peluquero,—¿por qué me cuenta usted siempre historias de crímenes y escenas horribles?

—¡Bah! Es muy sencillo. Eso le hace enderezar los cabellos y mi trabajo es más fácil.

Dice don Prudencio que celebra sus bodas de oro.

—Yo creí que no estaba usted casado,— le dice un amigo.

—Efectivamente,— responde don Prudencio con mucha serenidad;— pero hoy hace años que soy viudo.

El colmo del egoísmo:

Un individuo llevaba siempre puestas unas botas de un cuero especial, cuya preparación despedía un olor en extremo desagradable.

Preguntáronle si aquel perfume le molestaba, y contestó:

—A mí, no. Ya estoy acostumbrado á él. No molesta sino á los demás.

VA DE CUENTO

Llegó á la Central un día á expedir un telegrama un andaluz, por más señas, natural de Vélez Málaga, que á la sazón en la Corte un negocio gestionaba, y el oportuno despacho le dió al oficial de guardia, quien se apoderó del mismo para contar las palabras, aplicarle la tarifa y al margen poner la tasa, según requiere el servicio telegráfico en España. Sorprendióle desde luego la dirección que llevaba la minuta, que decía

en letra bastante clara: «Ki.» Solo, ni más ni menos. El oficial vió las tablas, las repasó, y ni por ésas el dichoso Ki encontraba; y no queriendo ante el público manifestar su ignorancia, vió las líneas extranjeras de Europa, América y Asia, las del Japón, las de China, las de todo el mundo, y ¡nada! No se hallaba Ki en ninguna de las líneas telegráficas. Ya el hombre desesperado se asoma por la ventana y al expedidor pregunta: Dígame usted: ¿dónde se halla

la población de destino que pone en su telegrama? —Pero ¿es que usted no lo sabe? ¡Esto si que tiene gracia! —La tendrá, yo no lo niego; pero por todas las tablas la estación de Ki he buscado y no he podido encontrarla. —¿Cómo Ki?—naturalmente, lo que dice el parte. Vaya, véalo usted. (*Le dá el despacho.*) —Hombre, no tenga usted guasa. ¿Me va usted á tomar el pelo? ¡Qué Ki ni qué calabazas! Este parte va *pa Cai*; Ki, ¡más claro que el agua!

JUAN ANTONIO SALIDO.

BELLAS ARTES



—¿Pensará ahora en mí?

Anna Sietz

TAMBIÉN LA GENTE DEL PUEBLO...

ERA una chiquilla saladísima por su locuacidad picaresca y la alegría que rebosaba en su rostro delicado y fascinante, en tal grado, que no había *más allá*, á decir de los miles de admiradores que la asediaban de continuo con palabras empalagosas y requiebros más ó menos atrevidos.

Ella á ninguno hacía caso, porque como constante lo era, á pesar de los golpes que continuamente la propinaban sus padres, á quienes hacía enloquecer nada más que la suposición de que alguno pudiese burlarse de ella.

Carmen—pues éste era su nombre—se había enamorado locamente de un golfo, verdadero terror de las chicas más interesantes que por aquellos tiempos figuraban en las sociedades de baile de que está plagado este Madrid famoso.

El apodo del moderno Don Juan, era *El Corbata*, no siéndome nunca posible averiguar el motivo para que le bautizaran de tan original manera, á no ser su afición á llevar siempre cubierto el cuello con un pañuelo de colores chillones, de los que opino que tenía un numeroso surtido.

Se dedicaba *El Corbata* á diferentes ocupaciones, las cuales le permitían de vez en cuando hacer algunos obsequios á su *Carmen*, que al ver estas atenciones de su adorado tormento le quería con más vehemencia y más entusiasmos.

Una de las fases más características de nuestro hombre era la de pianista ambulante, pudiendo decirse que era el más preterido de los que por la villa y corte pululan á gusto ó disgusto de los vecinos.

Era verdaderamente interesante cuando él, siempre á una misma hora de la tarde, llegaba á la calle donde vivía su *Dulcinea*, y apostándose frente á la ventana de su cuarto la endilgaba lo más selecto del repertorio zarzuelero moderno.

Dábase tal maestría dando vueltas al manubrio, que obtenía unos efectos que no habían nunca podido comprender ninguno de sus colegas por práctica que tuviesen en la materia.

Evidente era que aquellas serenatas tenían una fuerza poética intensamente sugestiva, y buscándole el símbolo—cosa que no debe de extrañar á nadie, dadas las aficiones que hoy existen hacia esto—se le encontraba sin necesidad de haber leído á ningún modernista de esos que han surgido como por arte de magia en esta última etapa del siglo. ¡Cómo *cambean* los tiempos! dirá, seguramente, algún enamorado de las costumbres pasadas. Antes se rendían corazones al son del flébil laúd, entonando tiernas endechas, y hoy con *couplets* y valeses de Chueca y Quínto. ¡*Così va il mondo!*

El Corbata era, indudablemente, un muchacho guapo y con sobradas condiciones para quitar el sentido á cualquier mozuela, por inabordable que fuera.

Estatura mediana, continente airoso, cierta distinción, aunque algo adulterada por la afectación en los modales, charla ingeniosa y dicharachera, y por último una cara de tunante simpático que no podía quedar duda de que eran ciertas tantas cosas como de él se contaban.

Eran dignos el uno del otro; pero considerando los resultados, por fuerza, teniéndose una conciencia honrada, había que inclinarse á favor de Carmen, que era la única que á la postre iba á resultar perjudicada en aquella partida.

Por eso, en cuantas ocasiones tuve, traté de convencerla para que olvidara á aquel galán, que á imitación de una mariposilla iba libando mieles en todos los corazones que encontraba ante su paso.

¡Pero el amor es tan tirano! Abandoné la empresa, pues ni quería aparecer como moralista necio, ni gusté nunca de causar enojos, y siendo el terreno amoroso muy fértil en este fruto, no quise dar lugar á que brotara.

Pasó algún tiempo sin que ninguna nota desagradable nublara la felicidad de aquellos mancebos, y como todo en la vida es acomodaticio, ellos se avinieron á todos los contratiempos que parecían que les asediaban de continuo con una saña incomprensible, y continuaron queriéndose con los mismos entusiasmos.

Tenía Carmen costumbre de asomarse á la ventana apenas llegaba *El Corbata* á rendirle pleitesía, y aunque esto sabía ella que generalmente le ocasionaban disgustos y más disgustos, no abandonó nunca tal hábito, por cuanto que así satisfacía en parte el cariño que profesaba á su golfo.

*
**

Un día *El Corbata* llegó al pie de la ventana más contento que nunca, algo más cuidado de indumentaria y derrochando un cierto aire de magnate que hacía doblemente descollar su tipo.

Carmen, faltando á su costumbre, no se asomó aquella tarde á la ventana.

El Corbata, impaciente, daba vueltas y vueltas al manubrio, denotando, según lo atropellado de la música, la impaciencia que le devoraba.

Algo anormal notó, sin duda, cuando, cesando rápidamente, se abalanzó á la reja, cuyas puer-
tas entornadas dejaban percibir una claridad sombría...

VENGANZA TARDÍA

Hizo grandes esfuerzos para empujar y conseguir ver lo que allí ocurría; pero fué inútil casi en total, pues únicamente pudo ver un paño negro que parecía colgar de una mesa.

Un presentimiento triste le hizo sospechar algo muy grave, puesto que, sin temor á lo que le pudiese sobrevenir, penetró resueltamente en el portal, atravesó un pasadizo oscuro y se detuvo ante una puerta desde la que se percibían sollozos que impresionaban.

El Corbata se detuvo, porque la emoción le ahogaba; pero como es indudable que las grandes desgracias tienen una atracción inexplicable, de ahí que avanzara hacia el interior, sin cuidarse siquiera del lugar á donde debía de dirigir sus pasos.

El azar ó el instinto le hizo conducirse á la habitación de la ventana que comunicaba á la calle. Franca estaba la entrada y prácticamente pudo apreciar lo que había ocurrido.

¡Carmen había muerto!
Sobre una mesa, cu-



—¡Ah, vil, fementida, pérfida;
ahora me vas á pagar
la que le jugaste á Eva!

INGENUIDAD



—¡Y pensar, Señor del Cielo,
que todo el tiempo pasaba
en buscar el equilibrio
cuando era yo colegiala!

Ha pasado algún tiempo; el suficiente para olvidar ó al menos atenuar los efectos de una pasión por fogosa que sea, y, sin embargo, impresionó tan fuerte á *El Corbata*, que todas sus ilusiones continuaron muertas; ha perdido en absoluto aquellas atracciones que tanta popularidad le crearon entre la golfería andante, y sus ojos, antes brillantes y vivos, han adquirido un tinte de melancolía, que es la mejor demostración de sus dolores.

Por eso, los que nieguen á ciertos seres la virtud de comprender todo lo sublime, todo lo hermoso del amor, tienen en el presente caso la más elocuente prueba de su equivocación.

Así que, al terminar este articulejo, hecho sin otras pretensiones que relatar un hecho verídico, no puedo por menos que decir: *¡También la gente de pueblo tiene su corazoncito!*

M. ESCALANTE GÓMEZ.

bierta de un paño negro y encerrado en un féretro cuya blancura resaltaba formando un contraste doloroso, yacía su cuerpo gentil, aquel cuerpo que tantas veces había oprimido contra su pecho *El Corbata*, al bailar con su simpática golfa un paso doble ó una *mazourka*.

Enloquecido por la pena, se arrodilló á los pies de su adorada, y lloró mucho, mucho, tanto, que no se dió cuenta de que el tiempo transcurría y podía exponerse á cualquier contratiempo que le amargara más.

Comprendiendo, al fin, lo violento de la situación, se repuso algo, acercó sus labios á la frente de su novia, y depositó en ella un beso apasionado, intenso, grande, rebosante de cariño, y en él se compendia todo lo hermoso de aquel amor.

Salió á la calle y continuó en peregrinación *artística* por las calles de Madrid, pero no con aquel entusiasmo tan característico en él, sino apesadumbrado, distraído y sombrío.

LA CONDESA MINA

HABLÁBASE de viajes y de expediciones veraniegas.

—Yo,—dijo nuestro amigo Luis,—he vuelto á ver este otoño el bosque de Fontainebleau, y confieso que su vista no me causó el entusiasmo que antes solía provocarme.

No pensaba yo así en 1866, cuando con algunos camaradas iba á pasar las vacaciones á Barbisson.

Eramos una docena de artistas y de poetas, albergados en una posada que ya no existe.

Eramos jóvenes y alegres, y después de haber divagado durante el día por el campo, nos entregábamos desde la puesta del sol á todo género de discusiones estéticas, que se prolongaban hasta media noche.

* * *

Si entre nosotros constituía el arte el pensamiento dominante, también nos ocupábamos del amor, aunque de un modo verdaderamente secundario.

En nuestro cenáculo masculino intervenía á veces una mujer muy hermosa, rodeada de cierto misterio, que añadía á sus naturales encantos una seducción irresistible.

Vivía en una especie de quinta situada en la ladera del bosque, y se la conocía con el nombre de la condesa Mina. Tenía por esposo al conde de Stepanovitch, uno de esos grandes señores eslavos muy refinados, que á la sazón se hallaba ausente en Servia, arreglando no sé qué asuntos de familia. Pero la que pasaba por su mujer, seguía viviendo en la quinta.

La condesa Mina tendría unos veinticuatro años. Era una bellísima vienesa, de elegante figura, de rostro plácido, de mirada serena como las aguas de un lago, y de cultura nada común.

Nos trataba como compañeros de arte, dispensándonos por igual sus sonrisas y uniendo una hábil coquetería á una prudente y exquisita reserva.

En cierta ocasión, después de comer y cerrada ya la noche, iluminada por la luna, partimos para dar un paseo nocturno por las gargantas de Apromonte.

En la ladera del bosque inmediato se nos unió la condesa

Mina, á la que aun me parece ver vestida de blanco y con sus rubios cabellos sueltos sobre sus hombros.

Proseguimos la marcha, y en los sitios donde se ensanchaba el camino, la condesa iba de uno á otro, dirigiéndonos á todos palabras afables y cariñosas.

Aquella gracia femenina en medio de aquella maravillosa decoración, me llenaba el alma de entusiasmo y de poesía.

* * *

Acabábamos de llegar á una de las mesetas del *desierto* de Apromonte, desde cuyo punto descubriase á la claridad de la luna un panorama encantador.



—No me importa que se fijen; atiendan mi anuncio bien:

Como en los juegos de manos, quien más mira menos ve.

La Saeta

Encendimos una hoguera con ramas secas, y la condesa Mina, que se había sentado y tendía sus manos al fuego, se levantó de pronto y cantó un *lied* de Schumann.

La rareza del paisaje, la claridad que lo envolvía y, sobre todo, el inspirado canto de aquella *Lorelei* de sueltos cabellos, nos había sumido en un estado de alegre y fantástica embriaguez.

Cuanto á mí, puedo asegurar que me sentía dominado por una especie de pesadilla shakespeariana.

Contemplaba extático la blanca figura de Mina, y pensaba: «¡Si al menos pudiera decirle hasta qué punto ha logrado fascinarme!...»

Y se lo dije, al fin. Cuando abandonamos la meseta, me las compuse de manera que aceptara mi brazo para bajar y que permaneciéramos á alguna distancia, detrás de nuestros compañeros.

Caminábamos con lentitud por un arenoso sendero, y, al ver cómo brillaban sus ojos en la penumbra, le murmuré al oído el *lied* de Heine, que empieza así:

Du hast Diamanten und Perlen...

«Con tus hermosos ojos me has herido el alma; me has arrastrado á mi perdición.»

La condesa se sonreía, y nuestro común encanto por la poesía de Heine suscitaba en nosotros la más tierna familiaridad.

Sentía en mi rostro la caricia de sus luminosas pupilas, y en mi brazo la abandonada presión del suyo.

No me atrevía á hablar, temeroso de interrumpir la corriente magnética que se iba estableciendo.

De repente me apoderé de su mano, helada por el fresco de la noche, y la llevé á mis labios, sin que Mina se opusiese á ello.

Iba á estrecharla contra mi pecho, cuando uno de nuestros amigos que iba delante, á cincuenta pasos de distancia, tocó una trompa de caza. El ruido del maldito instrumento volvió á la condesa á la realidad.

Mina me estrechó bruscamente la mano, y, abandonando mi brazo, me dijo:

—¡Basta de locuras y olvidémonos de esto para siempre!

A los pocos minutos la condesa se había unido al grupo general y no tardamos en hallarnos de regreso en Barbisson.

Al día siguiente supe que Mina había partido, llamada, sin duda, por su señor y dueño. Yo, por mi parte, regresé á París, y, naturalmente, mi fugitiva pasión de una noche de verano, desapareció con las circunstancias excepcionales que la habían provocado.

* * *

Pasaron años y años, y al cabo de mucho tiempo vi en un palco del teatro de Niza una señora elegantemente vestida, cuyo rostro me impresionó de un modo extraordinario.

—¿Quién es esa mujer?—pregunté á un

caballero que estaba á mi lado en la platea.

—La condesa Stepanovitch.

Mi interlocutor notó, sin duda, mi sorpresa, porque añadió:

—¿No conoce usted su historia?

—No, señor.

—Corren acerca de ella muy malas noticias y hay quién asegura que hizo matar en desafío al conde Stepanovitch, el cual se casó con Mina *in articulo mortis*. La sociedad que aquí se reúne la ha puesto en cuarentena y nadie la visita.

No pude escuchar por más tiempo el *Lohengrin*, que aquella noche se cantaba. Mis ojos permanecieron fijos en Mina, tan aislada, tan tristemente envejecida, bajo sus teñidos cabellos y el embadurnamiento de su cara.

Había cesado para mí el espectáculo de los palcos y de la escena, y no veía más que las inmediaciones de Barbisson y el arenoso sendero donde confesé mi pasión á la condesa, cantándole una estancia de Heine.

Sólo pensaba en aquel momento en las gargantas de Apromonte y enviaba un saludo de conmiseración á aquella solitaria y marchita belleza que me evocaba el gratísimo recuerdo de los mejores años de mi juventud.

ANDRÉS THEURIEL.

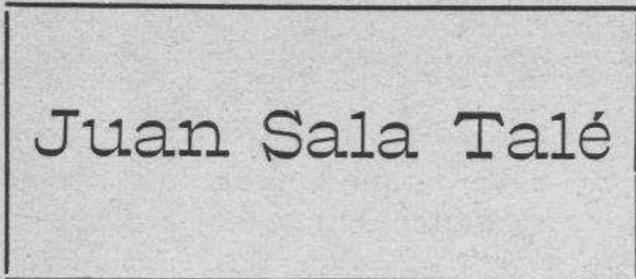
Miscelánea

Charada

«Mienten más los periodistas
»que microbios tiene el agua.»
Con los versitos copiados
termina su *atenta* carta
una señora, y no entiendo
el por qué de su *alabanza*.
«Usted en mi *prima tercera*
(sigue escribiendo la dama)
»dijo que al ir á *dos tercias*
»á la iglesia de Santa Ana,
»me esperaría en Gambrinus
»el lunes por la mañana,
»para luego comprar juntos
»la *todo* para su hermana,
»ya que, conforme decía,
»dentro de poco se casa»;
y luego... pues lo copiado
al empezar la charada.
—¿Que yo no estuve en Gambrinus?
¡Señora, está equivocada!
Sí que fui, pero temprano;
á la una de madrugada.
Me senté y quedé dormido,
y cuando el local cerraban,
aburrido de esperar,
¡claro!, me largué á su casa.
¡Si llego tarde, se quejan,
y si temprano, se enfadan!...

MORENO.

Tarjeta



Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de un Semanario y el apellido de su director.

A. DAROCA GIRALTE.

Soluciones á lo insertado en el número 517

CHARADA.—Tabaco.

TERCIO SILÁBICO:

CON - RA - DO
RA - MO - NA
DO - NA - TO

CRUZ:

B A
E L
B E N I T O
A L I C I A
T I
O A

LOGOGRIFO DOBLE ACRÓSTICO GEOGRÁFICO:

CIUDAD REAL	CÁCERES
ALCIRA	ALSASUA
SORIA	SUECA
TERUEL	TOLEDO
REUS	RIOSECO
OLITE	OLOT
UTRERA	UTIEL
ROA	RUTE
DAROCA	DOLORES
ILLESCAS	ILLOCA
ADRA	ATECA
LORCA	LÉRIDA
ESTELLA	ELDA
SARRIA	SOS

Correspondencia

por CLAK

A. G. U.—Pero es que, precisamente, me parecen muy malas esas «lujuriosas», y aunque estuviéran bien, me parecerían peor; ¿lujuriosas, eh? Y ¿cómo se las arreglan ustedes para tener tan mal gusto?

E. L. R.—Pues, vea usted También me cargan los idios... cuando son tan estúpidos como el de usted. Si yo hubiera tenido alguno de éstos en mi vida, procuraría que no lo supiera ni Dios; porque hay cosas que *peor es meneallas*.

Marmitón. Ese «Arroz» está muy mal; le falta un grano de sal.

M. C. del O.—Cierto, ciertísimo; es una desgracia tener una burra y que le suelte á uno una coz. Procure usted otra vez adoptar las convenientes precauciones cuando se amorre al establo.

F. G. B.—Se publicará.

S. L. Y.—¿Qué demonio!

«No hay nada, nó, como la valentía de tener filantropía para emplearla en perdonar agravios; pues todos los que comen y beben á decir no se atreven que el obrar así es obrar de sabios.»

Es usted de la *madera* de los poetas. No conozco nada tan viril y tan hermoso ni aun en el poeta de «Los Gritos del Combate».

Rodríguez.—¿Está usted cierto y seguro de que el mundo es una sinfonía armónica, inalterable, canto singular de belleza, de *inanición* y de estabilidad? Lo que es oyéndole á usted, cualquiera diría que el mundo es una olla de grillos.

M. P. A.—Pues anda, que usted también se luce:

«¡Quién me lo dijera á mí!
Asomarme á tu ventana
y verte muerta, ¡Dios mío!
¡Qué desgracia más temprana!

¿Qué hora era? ¿La del alba? ¿Y á usted quién le mandaba madrugar tanto?

G. N.—¿Que nó, hombre, que nó!

T. C. F.—¡Vaya! ¡También usted se empeña en que le explique...? Los versos de catorce sílabas tienen dos hemistiquios de siete cada uno; pero eso no basta. Es preciso que acentúe la segunda, cuarta y sexta, y tampoco sale usted así del paso, como no tenga buen oído, singular cultura y noble inspiración.

E. S. G.—Allá va esa otra:

«Yo contando hiba villetes y mas billetes, y por más que contaba, de contar no acababa, cuando un rebuzno de la borrica me despertó.»

¡Claro! Lo que haría usted es comerse la cebada del pobre animal, y á éste no le parecería oportuno tolerar una competencia así.

Sigfredo —A. P. K.—O. F.—Gentílico.—S. L.—Cabezotas —No puedo complacerles.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 .
Extranjero y Ultramar, un año. 17 .

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.



LA SAETA



20 cents.

Núm. 519

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA Ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.
Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE Ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.	LA CHOZA DE TOM Ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.
LÁZARO EL MUDO Ó EL PASTOR DE FLORENCIA.	VALENTÍN EL GUARDACOSTAS Ó UN CRIMEN MISTERIOSO.
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.	LA ESPOSA MÁRTIR Ó LA HERMANA DEL CARRETERO.
LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.	ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª
ENRIQUE DE LAGARDERE Ó EL JOROBADO.	EL TENORIO DE BELCHICHE.
LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.	ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.
CORPUS DE SANGRE Ó EXPIACIÓN.	LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.	PRESA DEL DIABLO.
LA HIJA DE LA MUERTA.	ANDRAJOS Y DIAMANTES.
EL MÁRTIR DE SU CULPA.	ENRIQUETA.
CORAZÓN DE MADRE.	UN MOZO APROVECHADO Ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.
LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.	LA CRUZ DEL MONTE.
ABANDONADA EN EL MUNDO.	EQUIVOCACIÓN FATAL.
CALVARIO DE AMOR.	MUJER Y ÁNGEL.
MAL PADRE Y BUENA HIJA.	FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)
CORAZÓN EN LA MANO.	EL RECUERDO DE GLORIA.
EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.	EL SUEÑO DEL ARTISTA.
EL PERDÓN DEL MARINO.	POBREZA Y VIRTUD.
LÁGRIMAS DE HIELO.	
EL REY DE IMERECIA.	
EL CUENTO DE MARÍA.	

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

A más se regalará á los Sres. Suscriptores una preciosa oleografía representando una marina.
El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Fomán Gil, Balmes, 86.**
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba.**
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.